

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

ADVERTENCIA.

Cumpliendo lo prometido en nuestro prospecto, se verificarán el jueves próximo 6 del actual los sorteos correspondientes á las tres series de cincuenta suscritores que lo han sido á la Estrella Balear durante el primer trimestre de su publicacion. Los que deseen presenciar este acto se servirán concurrir el referido dia á las 4 de la tarde en la librería de Rullan hermanos donde se realizará con las formalidades que corresponden. Avisaremos oportunamente á los suscritores que resulten agraciados, para que puedan recoger su respectivo premio.

Glorias de España.

DESCUBRIMIENTO

DEL NUEVO MUNDO (1).

I.

Tres buques con bandera española favorecidos del próspero viento surcaban las olas del Atlántico. La calma mas apacible reinaba en toda la vasta estension de aquel oceano sin límites, y la proa de las embarcaciones, cortando las espumosas ondas, dejaba abierto en pos de sí un ángulo, que al paso que se ensanchaba, se iba perdiendo tambien en la inmensidad de la líquida llanura. Profundo silencio reinaba en las naves, cual si la tripulacion confiada en el bonancible aspecto del temporal, hubiese olvidado lo precaria que ser podia aquella situacion. Sin embargo, este silencio era precursor de la agitacion mas espantosa y de que se acercaba el momento en que iba á estallar la ira comprimida en los pechos.

Las tres naves referidas eran tres carabelas españolas mandadas por el hombre extraordinario que por sus conocimientos, genio y grandeza de alma, marchaba entonces á la cabeza del siglo; el célebre CRISTOBAL COLON. La primer carabela en que venia el almirante llamábase *Santa María*; la segunda llamada la *Pinta*, mandada por Martin Alonso

(1) En el número del *Museo de las familias*, de donde tomamos este artículo, van colocados por muestra diferentes grabados de la interesante obra: *Historia del descubrimiento y de la conquista de América, por Campe*, cuyo prospecto se manifiesta en la librería de Rullan hermanos en donde se suscribe. La edicion es de lujo, ilustrada con 120 preciosos grabados, el papel esquisito, el tamaño 4.º mayor y constará de un solo tomo de 400 páginas á 54 rs. vn.

Pinzon; y por Vicente Yañez, la tercera llamada *Niña*. Las tres pequeñas embarcaciones habian salido del puerto de Palos el dia 3 de agosto de 1492 con el designio nada menos de descubrir un nuevo mundo y visitar las ignoradas costas del antiguo. Empresa gigantesca, graduada entonces de temeraria y que no hubiera podido llevarse á efecto en el estado en que se encontraba la España, sin la magnanimidad de la reina católica, que se desprendió de sus joyas para proporcionar la mas rica de todas á la corona de Castilla. Aquellos mismos hombres que tan animosos se habian embarcado, participando del espíritu aventurero de su época, ya no tenian deseos ni esperanzas. Al cabo de mas de dos meses de incierta y penosa navegacion, el desaliento se iba apoderando de ellos, los víveres se acababan y hasta habia el peligro de que muy en breve, en el mismo seno del piélago no tendrian agua apropósito para apagar su sed. Engañados varias veces por una de aquellas ilusiones de óptica, frecuentes en el mar, que hacen suponer la cercanía de la tierra, se habian llegado á persuadir de que no la encontrarían nunca. Los marineros originarios de aquellas provincias de España donde es mas característico el apego al pais natal; los hombres de armas acostumbrados á la vida agitada que habian seguido durante la última lucha contra el poder musulman en la península, no podian tolerar aquella inaccion, y aquella ausencia lejos de sus campiñas queridas. El descontento se manifestaba sordamente, el número de los afectos á Colon se disminuía cada vez mas, y cuando todos vieron una muerte horrorosa como término probable de su expedicion, resolvieron manifestar á el almirante sus vivos deseos de volver á España.

Atendida la firmeza de carácter de Cristobal Colon era en extremo arriesgado irle con semejante demanda y escogieron para proponérsela á uno de sus mas favorecidos. El almirante quedó tan sorprendido como irritado con la propuesta, y como era de esperar, rehusó acceder á los deseos de la tripulacion. ¿Cómo habia de retroceder entonces que tocaba al término de su viage el mismo que habia arrostrado tantas contrariedades para emprenderle? ¿El que ofreciendo en valde sus conocimientos y servicios habia pasado de Génova á Venecia, de Venecia á Roma, de Roma á Portugal y de Portugal á España? El que habia sido despreciado y tenido por un visionario en juntas de hombres respetables hasta haber sido comprendido por la magnánima Isabel?

— ¡Aun no es tiempo de volver! contestó disimulando su enojo, aunque no lográsemos descubrir un nuevo mundo, arribaremos á la tierra firme del *Gran Can*, donde nos indemnizaremos de nuestras privaciones y habremos descubierto un nuevo camino para ir al Oriente. He concebido fuertemente esa idea y no la abandonaré.

— Pero en tanto, replicó el enviado, los víveres escasean, el descontento de esta gente llega á su colmo y si perdid la subordinacion se atreviese á...

— ¡Qué delirio! Si lográran deshacerse de mí ¿cómo se compondrían para volver á España?

— Oh! los hay capaces de todo: hay quien ha notado que les cuentas cada día mucho menos camino del que realmente hacen las naves.

Esta observacion pareció dejar suspenso á Colon que calló por un breve rato. Su interlocutor creyendo que dudaba, le preguntó:

— Consientes en volver á España?

— ¡Jamás!

— ¡Así me lo esperaba yo! ¿Entonces que respuesta les daré?

— Que hemos venido para ir á las Indias y que hemos de proseguir hasta encontrarlas, con el favor de Dios.

Cuando esta respuesta tan terminante fué comunicada á el equipage, la exasperacion llegó á su mas alto grado y estallaron repetidas señales y voces de furor que podian resumirse en esta espresion:

— Parezca el ambicioso que así ha burlado nuestras esperanzas y nos reserva una obscura muerte.

II.

Los rayos del sol, entrando por las ventanas de la cámara de popa de la nave capitana, dejaban percibir cierto desorden en la estancia. Veíanse los muebles fuera de su sitio, libros, mapas é instrumentos geográficos y astronómicos sobre las sillas y la mesa. Un solo personage que se hallaba en la estancia parecia sumido en la mas profunda reflexion. Sentado y apoyada la cabeza en una de sus manos, contemplaba lánguidamente aquellos científicos objetos; pero á veces sus miradas se reanimaban, las dirigia á el lejano horizonte y en sus ojos brillaba el fuego del entusiasmo. Cristobal Colon sin disfrutar del necesario descanso, poseido por una idea fija, é infatigable en sus estudios, hacia servir á los progresos de la ciencia todas las observaciones y circunstancias de su navegacion: El fué el primero que notó las declinaciones de la aguja magnética; de modo que embarcado en una mala nave, cuando la náutica estaba aun sumamente imperfecta, no solo aspiraba á ensanchar el universo conocido, sino á enriquecerle con sus conocimientos, y su saber. Este mismo hombre, que habia resistido impávido los desdenes de las córtes de Europa por asegurar la existencia de un nuevo mundo, no podia entonces soportar la idea de que los españoles, los únicos que habia encontrado capaces de seguirle, considerasen ya su pretension como un desvario y estuviesen á punto de malograrla. Esta idea que le afligia tan profundamente era la causa de su abatimiento y enagenacion mental, de la que no salió hasta que llegó á sus oidos un extraño rumor sobre cubierta y vió entrar apresuradamente al hombre de su mayor confianza y al que solia encomendar el cuidado de la nave.

— ¿Qué me quieres? le dijo: tu rostro pálido y alterado me indica alguna infausta nueva.

— Ah! Colon, todo está perdido! Si no descubrimos pronto la tierra apetecida, vas á ser víctima del furor de estos hombres. Ya me es imposible contenerlos.

— Pues qué, han cesado las evidentes señales que teníamos de la proximidad de la tierra?

— Al contrario, aves desconocidas que no pueden provenir de costas lejanas, vienen á descansar en lo alto de las jarcias: yerbas flotantes llenas de cangrejos y moluscos vienen á dividirse contra la proa de la nave, y tambien se han visto flotar algunos trozos de madera estrañamente labrada.

— Y esas señales no bastan á aquietar la tripulacion?

— Veinte dias hace que se repiten, y no bastan á calmar su efervescencia. ¡Somos perdidos!... ¿Oyes?... Estos hombres creen que ya no podrán volver á España, y no descubriéndose la tierra que se busca, piden á gritos la muerte del traidor que así ha burlado sus esperanzas.

Aun estaba hablando y ya el estrépito que suena en la embarcacion les anuncia la llegada de los amotinados: la rabia y la desesperacion estaban pintadas en sus rostros, consumidos por el hambre y las fatigas de tan largo viage: agitando convulsivamente sus flacos y nervudos brazos, le gritan á Colon:

— ¡Traidor! donde está esa tierra que nos has prometido? donde la felicidad que dentro de poco tiempo nos esperaba? Vuélvonos á nuestra patria ¿Para qué nos has sacado de ella?... para que nunca la volvamos á ver, para traernos

á perecer en medio del abismo? Llévanos á morir como guerreros. Ya carecemos hasta de agua para beber; pues bien beberemos tu sangre.

— Sangre! sangre! repite la turba desenfrenada.

El almirante valiéndose de toda su presencia de ánimo se levanta magestuosamente y opone su serenidad incontrastable á la furia de los amotinados.

Mi sangre es vuestra hasta la última gota, les dice, saciaos en ella, si para vivir la necesitáis. Mas sensible que la muerte me es, que desconfieis de mis palabras. Os pido solo por última gracia que me permitais ver salir otra vez el sol sobre este horizonte, porque ya no serán promesas las que mediarán entre nosotros, sino un pacto solemne y terrible. Atended, si mañana al romper el día no tenemos ya á la vista una playa libertadora, yo me ofrezco gustoso á la muerte... Amigos, acordaos que sois españoles no acostumbrados á temer el infortunio. Sigamos nuestra empresa, y tengamos confianza en Dios. El es quien me inspiró el proyecto mas grandioso que puede honrar al espíritu humano y el que ha reservado á vosotros, los españoles, la gloria de ejecutarlo.

La tranquilidad y sereno aspecto de Cristobal Colon le hacen triunfar de los amotinados. Concediéndole este último plazo se retiran con sordo murmullo y por esta vez el héroe se salva.

III.

Las estrellas brillaban silenciosas en el firmamento, y la luna con trémula luz parecia espereir una dulce calma en la vasta superficie del Atlántico, cuyas olas estaban tranquilas y transparentes como las de un inmenso estanque; unas venian á chocar mansamente contra los costados de la embarcacion, mientras que otras cortadas por la proa levantaban epos de bullidora espuma. Las velas de la nave infladas en toda su estension por una brisa impregnada de suaves emanaciones, favorecian su rápida marcha y rumbo al occidente. Todo en la naturaleza y en aquella hora avanzada de la noche ofrecia un encanto particular; pero aquel sublime espectáculo no producía en el ánimo del almirante la impresion profunda de otras veces. Preocupado con la idea del pacto terrible en que se hallaba comprometido, buscaba algun alivio á su ánimo angustiado y no lo hallaba; en ninguna parte un rayo de esperanza, en ninguna parte un punto de tierra donde la vista pudiese descansar en aquel mundo de agua. Paseábase agitado sobre cubierta, porque en aquellas circunstancias estraordinarias de vida ó muerte, en vano el sueño hubiera venido á cerrar los párpados de quien ya hacia algunas noches renunciaba á él, para entregarse á sus preciosas observaciones. A veces su pecho estaba oprimido, y contemplaba con amargura todo el horror de su posicion; mas otras le hacia palpar de entusiasmo y hasta sonreír de alegría la brillante perspectiva que se le presentaba de los frutos de sus descubrimientos y conquistas. Una revolucion general iba tal vez á verificarse en el globo, y dos pueblos separados por un abismo iban á estrechar sus relaciones, abriéndose ancho campo al comercio de los europeos. A la España, su patria adoptiva, le estaba reservado un inmenso porvenir, nuevos frutos, nuevos tesoros iban á enriquecerla, nuevas materias le harian crear nuevos objetos de industria, y en fin brillante carrera de conquistas y laureles se le abriría al tomar posesion de aquellas ignoradas regiones. Estas ideas le consolaban é infundían nuevo aliento porque para él, era indudable la proximidad de la tierra, y á cada señal que se lo confirmaba, á cada variacion que advertía en las corrientes del mar, sus miradas se dirigian hácia el occidente, cual si quisiesen penetrar á través de la obscuridad. Entonces un lejano resplandor hierre de repente su vista. Colon se precipita al borde de la nave y... no hay duda; una luz, una llama móvil es lo que miran sus ojos: — ¡Allí!... ¡Allí!... una luz!... vedla: esclama enagenado; pero los pocos hombres que acuden á sus transportes nada ven; nada descubren al traves de la niebla del horizonte y solo un page de la Reina Católica, enviado para acompañar á Colon en su viage, le dá algun consuelo asegurándole, que efectivamente es una luz móvil como si fuese llevada por alguna persona.

Los españoles vuelven á recostarse junto al pabellon de

Iberia que estaban guardando y el almirante llega á dudar si lo que ha visto no será mas que una ilusion de su acalorada fantasia. En esta incertidumbre esclama desconsolado:

— Apresura tu curso ¡oh! nave! Que no muera yo antes de saludar á la tierra que Dios ha prometido á mis desvelos.

La nave cu il si obedeciese á la voz de su capitan, volaba favorecida por un viento impetuoso; pero esta circunstancia tan ventajosa no contribuia á serenar á Colon. Ya no consideraba la influencia de su descubrimiento en la política, comercio é ilustracion de todas las naciones del globo, y mas particularmente de la España, entonces en el apogeo de su gloria por las recientes victorias de los reyes católicos. Menos le lisongeaba la fama eterna que le resultaria por la consecucion de una empresa, que solo habia servido de espanto á los hombres mas animosos, que habia sido reputada como impracticable por hombres que en su siglo pasaban por sabios, y solo humildes religiosos en la obscuridad del claustro habian considerado como posible y ventajosa. El horror de su situacion era lo único que con toda su amargura se presentaba á el almirante; la incertidumbre en que se hallaba de dar glorioso cumplimiento á sus promesas y terminar felizmente un viage que tantas fatigas y sinsabores habia ocasionado á cuantos le acompañaban. Entonces olvidándose de sí mismo é hincada la rodilla en el suelo, exclamó al Ser eterno.

— ¡Dios poderoso! Si ha llegado la hora terrible de mi muerte, yo la acepto; pero dirigid una de vuestras miradas piadosas sobre estos infelices que me rodean. No permitais que mueran sin consuelo en este inmenso sepulcro!

IV.

Iba ya á despuntar el alba de el dia 12 de octubre de 1492; dia memorable en los fastos de España, y Colon impávido sobre cubierta, sin descansar un momento, sin dejar un punto sus observaciones, esperaba el sol que iba á presentarse en el horizonte, á pesar de que sería tal vez el último que viese.

No desmintió este grande hombre en tan críticos momentos la serenidad y constancia que tan acreditadas tenia en sus largas expediciones y asombrosas particularidades de su vida. Lo terrible de su situacion en nada descompuso la magestad de su semblante, la viveza de sus ojos, ni la nobleza y gallardo ademán de su persona. Mas admirable se manifestaba aun la grandeza de su alma, la íntima conviccion del resultado de sus estudios é indagaciones y la firmeza inalterable con que supo resistir á la adversidad. Todo anunciaba á Colon que su fin estaba cercano, y sin embargo, tranquilo y resignado confiaba en que Dios cuya proteccion se deja sentir en todo el universo, le libertaria de la muerte ó le haria mas suave su camino. No eran solo los conocimientos científicos los que enriquecian á un hombre como Cristóbal Colon; sus ilustrados sentimientos religiosos y su honradez le merecieron el aprecio hasta de sus mismos enemigos á quienes exasperó mas que otra cosa la desconfianza que le acompañaba en el ejercicio de su autoridad. Colon, olvidándose pronto de su origen extranjero, no supo atemperarse tal vez á la fiereza y altivo carácter de los españoles de su época; pero si estos le causaron algunos disgustos, en cambio los historiadores de nuestra patria han vuelto por su honor; le tributan y tributarán eternos elogios.

Al primer crepúsculo matutino ya se notaba en la nave la agitacion precursora de un grande suceso. Colon adivinando la causa, salió al encuentro de los amotinados para decirles:

— Bien sé lo que deseais: pronto estoy y no he olvidado la promesa que os hice. La muerte no me es sensible, solo si el que no querais coadyugar á mi empresa cuando tan próximos estamos á terminarla. Prometedme que seguireis..

Estas palabras del almirante que recuerdan á la turba el motivo de su descontento, enfurecen mas los ánimos: horrendos gritos de muerte resuenan en los aires, las espadas brillan amenazadoras, y los poco adictos á Colon dudan, si se opondrán á sus compañeros para morir con él, puesto que era imposible salvarle. Una lucha atroz va á verificarse con todo el furor de las pasiones desencadenadas, sobre las frá-

giles tablas de un navio, llevado á merced de los vientos entre el cielo y el abismo, sobre las olas del mar. A favor de aquel desorden, algunos logran asir al almirante que se prepara á la suerte que le espera.

— Lançémosle al agua gritan, y perdida la subordinacion, le empujan, le arrastran sobre cubierta. Ya van á precipitarle en el abismo cuando un imponente cañonazo, el primero que se oía en aquella parte del mundo, retumbó en la inmensidad del espacio y ¡tierra! gritaron de lo alto de las gabias... ¡tierra!... ¡tierra!

En efecto, los rayos del sol se reflejaban de color de púrpura en una banda de territorio que empezaba á manifestarse por la parte de occidente: aquella era la tierra adivinada por Cristóbal Colon, y descubierta ya por la carabela *Pinta*, cuyo cañon dió la señal apetecida. ¿Qué acento es capaz de espresar la admiracion, la sorpresa de aquellos hombres que próximos á perecer, se veian de repente salvos con la encantadora aparicion de la tierra? El peligro habia desaparecido, se desvanecen los temores, y la furia y rencor de aquella gente se convierten en mansedumbre y humillacion. Las espadas se les caen de las manos, en su semblante, en sus miradas se revela su confusion y su arrepentimiento, y avergonzados no les queda resolucion mas que para humillarse á los pies del almirante... ¡Colon estaba vengado!

El heroe que habia visto con ánimo sereno las espadas dirigidas contra su pecho y el abismo abierto á sus pies, no puede entonces contener su emocion y las lágrimas corren abundantemente por sus mejillas. Olvidando todo cuanto acababa de pasar, esclama:

— Compañeros, á Dios solo, son debidas las gracias por tan insigne beneficio, y habernos guiado á esta tierra de salvacion Salud mostra cánticos de agradecimiento y alegría.

Entonces toda la tripulacion, descubierta la cabeza á ejemplo del almirante, entonó en fervoroso coro un cántico sagrado. Sus versículos eran repetidos desde la cubierta de las otras dos carabelas, la *Pinta* y la *Niña*, que para recibir órdenes, se habian acercado y navegaban de conserva con la capitana, y el eco de las voces de los marineros iba resonando por el piélago salado á perderse en las costas lejanas.

Entre tanto la nueva tierra se presentaba en mágico panorama á los españoles, que habituados por tantos dias á no ver mas que agua y cielo, no podian apartar su vista de aquel cuadro encantador. — Las tres naves plegaron algun tanto las velas para llegar lenta y magestuosamente á la costa, donde ya se veian algunos habitantes desnudos y de bronceada piel, correr y reunirse en grupos á el aspecto de aquellas extraordinarias máquinas que venian por el agua. El sol que se manifestaba en todo su brillo, doraba con sus rayos las peladas cimas de las montañas que dominaban la isla. En su falda se veian otras colinas menos elevadas, cubiertas de oscuros y magestuosos bosques. Estas colinas descendiendo en anfiteatro hasta la orilla del mar, ofrecian praderas y cañadas cubiertas de ricas plantaciones en que descollaban nuevos y variados vegetales. Las gotas de rocío suspensas en las abundantes hojas de aquella risueña vegetacion, parecian perlas teñidas de mil colores por la transparente luz que las envuelve. Distinguíanse algunas chozas medio ocultas entre la selva, y aves de nueva especie, discurrendo por la arboleda ó viniendo á reposar en los palos de las naves animaban este paisaje encantador. con la armonia de sus trinos y la belleza de su plumage. Ni un soplo de viento arrugaba entonces la superficie del Oceano, cuyas transparentes aguas teniendo á las naves como suspensas en el aire, dejaban ver peces dorados que cruzaban por todas partes al través del fluido cristalino y luego allá, en el fondo, jardines de corales, y conchas de vivos colores sobre fondo de blanca y finísima arena.

Los españoles bajaron á tomar posesion de aquella tierra á la que Colon llamó de San Salvador, por haber sido su áncora de salvacion en aquel dia. El almirante teniendo en una mano la espada y en la otra el estandarte de Aragon y de Castilla, le enarboló en las americanas playas y acompañado de los capitanes de las otras dos carabelas, Martin Pinzon y Vicente Yañez, con las banderas de sus respectivos buques, tomó solemnemente posesion de aquella tierra por los Católicos reyes de España, en presencia de cuantas personas venian en las naves y de los indios que absortos

lo miraban. Desde entonces se fijó en el nuevo mundo el estandarte de la cruz y empezó para la España una nueva serie de glorias y laureles. Entonces fué cuando en las americanas playas resonaron las voces de los españoles, que saludaban al pabellon de Iberia, tremolado por el almirante y aclamaban á su reina Isabel la Católica.

V.

Ocho meses despues, se elevaba en la plaza de Barcelona un trono magnífico en el que los Católicos reyes don Fernando y doña Isabel, habian resuelto recibir á Cristóbal Colon. Habíase ya divulgado por toda España la noticia del feliz regreso del atrevido navegante, y el feliz resultado de su expedicion, que tenia algo de milagroso, habia conmovido fuertemente los ánimos. Todos ansiaban contemplar las facciones del hombre extraordinario, colocado por la pública opinion á la cabeza de su siglo: desde su desembarco en el puerto de Palos, hasta llegar á Barcelona, donde se hallaba la corte, las poblaciones enteras salian á su encuentro y por satisfacer esta ansiedad general, tanto como por dar á el almirante una prueba de su afecto, habian resuelto los reyes, recibirle pública y solemnemente, haciendo de este acto una verdadera fiesta nacional.

Colon habia vuelto á pasar grandes trabajos y peligros, y si azarosas fueron las circunstancias de su primera navegacion para descubrir el nuevo mundo, no menos dificultosas fueron las de su regreso. Perdida una de sus naves y estraviada la otra, tuvo que afrontar las borrascas del proceloso Oceano en la mas endeble y cascada de sus carabelas. Perdió durante la tempestad, hasta la esperanza de dar cuenta en Europa de sus importantes descubrimientos, y para que no fuesen de todo punto perdidos, tuvo que trazar apresuradamente una relacion de los mas notables, para confiarla dentro de un barril á merced de las olas irritadas. Por esto si era grande la alegría de la corte y pueblo de España al recibirle, no era menor la que el almirante experimentaba, viendo asegurado el fruto de sus fatigas.

El acompañamiento de Colon bastaba por sí solo á escitar altamente la curiosidad de los españoles, como que ofrecia el espectáculo mas nuevo y extraordinario que se habia visto en Europa. Abrian la marcha diferentes Indios traídos de las diversas islas que habia visitado, y vestidos á la usanza de su respectivo pais. Unos llevaban en las narices y orejas los estraños adornos de oro que en ellas se ponian, otros ostentaban los plumages de colores y telas de algodón que ellos formaban, y aun habia algunos con el cuerpo cubierto de estraños y caprichosos dibujos estampados en la misma piel. Venian despues las armas, arcos, flechas, mazas y picas con fuertes espinas de pescado, que usaban los naturales; las producciones de la naturaleza y del arte en aquellos remotos paises; ovillos de algodón, plumas, cajas de pimienta y otras semillas, y algunos papagayos encaramados en cañas muy altas. Por último se llevaban ostentosamente las muestras de todo el oro que se habia podido adquirir, así en granos, como en placas, hojas y adornos trabajados por los Indios.

Colon al subir al trono de los reyes, quiso arrojarle á sus pies; pero don Fernando se levantó prontamente á impedirselo y le echó los brazos al cuello, con muestras del mayor aprecio.

Hiciéronle despues tomar asiento en el sitial que le estaba preparado, y en medio de un profundo silencio, empezó la narracion de todas sus aventuras y descubrimientos desde que habia salido de España. Este interesante relato y la manifestacion de las riquezas que traia, dejaron tan asombrados á los circunstantes, que á ejemplo de los reyes no pudieron menos de dar fervorosas gracias al cielo, que tanta gloria y prosperidad habia reservado á la España.

Los reyes Católicos confirmaron solemnemente á Colon las promesas que le habian hecho, le dispensaren nuevos honores y concediéndole título de nobleza para sus hijos y sucesores, decretaron que orlase el escudo de sus armas con este significativo epigrafe:

Por Castilla y por Leon
Nuevo mundo halló Colon.

Los grandes de España, los prelados, y los cortesanos dispensaban á Colon los mayores obsequios, y hasta los mismos que antes se habian burlado de sus proyectos, procuraban entonces á fuerza de atenciones, hacerle olvidar su ruin proceder.

Tales fueron las interesantes circunstancias que acompañaron al descubrimiento del nuevo mundo: suceso grandioso, único en la historia de las naciones y origen de esa gloriosa serie de conquistas que hicieron los españoles, hasta dejar completamente afianzado el papellon de su patria en aquellos remotos paises.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

POESIA MALLORQUINA.

A Tisbe.

*Era una nit oscura y silenciosa,
Nit sense cap remó*

*Nit que emb sa sèna ven muda y hermosa
Cantava y alabava es séu Criadó.*

*Sa lluna havia pòc qu' era sortida,
El cel estava clà;*

*Y es mitx d'aquell silenci sensa vida
Sòls es méu cor sentia palpità.*

*Y es téms que palpitavu, emb agonia
Sentia es séus batuts.*

*Ay! jò gosava una hòra d'alegria
Y emb un emb un, contave es séus minuts.*

*Una hòra que fogí molt preciosa,
Dexantme en tant de dòl,
Còm gust m'havia dat, y bondadosa
M'havia omplit de dicha y de consel.*

*Y éran d'amò es batuts que jò soutia
Per un ànjel del cel;*

*Amò qu'havia un àn que cada dia
Posava en es méu pil profunda rèl.*

*Y éran d'amò sas glòsas que cantave
Y es sòns d'es méu fletú:
Jò pòbre trovadé que et contemplava
Emb so matèx candó qu'n xerasté:*

*¿No es veritat que t' de a còsas dolces
Nineta d'es meus u, s?*

*Tu que sa sèl d'es viure méu endòlces.
Y achugas es méus pàrpados remuys?*

¿No es veritat que t' deya qu'ets graciosa?

*¿Que es téu mirá de foc,
Me cà sér una ferida llestímosa
Que ningu pòt curà ni es téms tàmpòc*

¿No es veritat que t' deya qu'escoltases

*Es méu doloros pàlnt?
O sinó que venguésses y em matàsses
Sensa donarme téms d'acabà es cànt?*

¡Ay! si que es vé, y encàre vuy en dia

*Eu torn á repèti,
Que si t'vax di llevò que t'amaria
Jò t'am y t'amará fins á mori.*

PEDRO DE A. PEÑA.